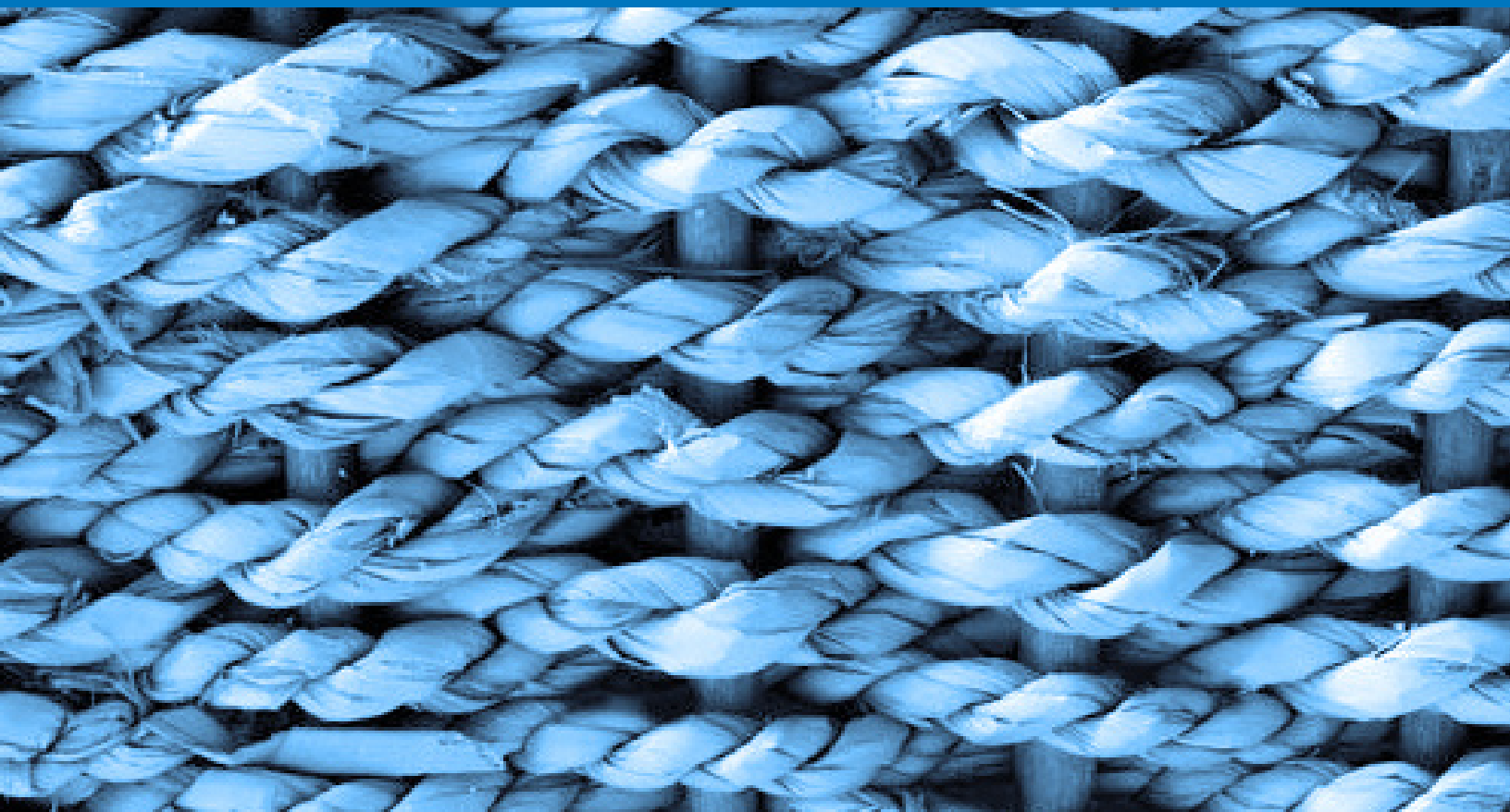


La democracia de lo público reconsiderada

Bernard Manin ¹
École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris

Traducido por Gisela Signorelli ²
UNR - CONICET
giselav_signorelli@yahoo.com.ar





Resumen

En este artículo el autor actualiza y esclarece su análisis sobre la democracia de lo público a la luz de investigaciones recientes, en especial en lo que respecta al debilitamiento de las fidelidades partidarias, el papel de los partidos en la democracia contemporánea y el aumento de la participación política no institucionalizada, indicando que la democracia representativa no es incoherente con algún grado de influencia directa de los ciudadanos en la toma de decisiones sobre políticas.

Palabras claves: democracia de lo público, fidelidad partidaria, partidos, participación política no institucionalizada

Abstract

The author updates and clarifies his analyzes of the democracy of the public in the light of recent research, revisiting the issues of the erosion of partisan loyalties, the role of political parties in contemporary democracies and the increase in non-institutionalized political participation, suggesting that representative democracy is not inconsistent with some measure of direct citizen direct influence over policy-making.

Keywords: democracy of the public; party loyalties; political parties; non-institutionalized political participation

Bernard Manin (traducido por Gisela Signorelli), “La democracia de lo público reconsiderada”. Cuadernos del Ciesal. Año 14, número 16, enero-diciembre 2017, pp. 9-24.

Casi veinte años pasaron desde que escribí Principios del Gobierno Representativo. Sin embargo, la sustancia del libro permanece en mayor parte inalterada. Si tuviera que escribirlo hoy, pienso que el capítulo que discute las transformaciones del gobierno representativo podría beneficiarse de la incorporación de más información empírica de la que estaba disponible para mí en la época de la redacción original. La tercera parte del capítulo titulado “La democracia de lo público”, presenta un relato de las transformaciones que han afectado las democracias representativas con el correr del último cuarto de siglo. Desde mediados de la década de 1990, no obstante, la publicación de un número significativo de estudios comparativos, contribuyó con información sistemática sobre esos cambios³. Me gustaría actualizar y esclarecer mi análisis anterior de la democracia de lo público a la luz de las investigaciones más recientes.

La erosión de las fidelidades partidarias

Una de las transformaciones más notables de la última década se refiere a los partidos políticos. Aparentemente, los partidos no están en buen estado. La “insatisfacción con los partidos” se convirtió en una expresión corriente. Investigadores dedicaron un sinnúmero de estudios al debilitamiento de los vínculos partidarios o al declinamiento de los partidos políticos, evaluando la extensión y las implicancias de esos fenómenos. Los partidos políticos, sin embargo, son objetos multifacéticos: típicamente hacen muchas cosas y actúan en varias escenas. Por ejemplo, ellos movilizan electores, reclutan miembros y activistas, presentan candidatos a cargos de gobierno y organizan el trabajo de legislaturas y gobiernos⁴. De este modo, una menor capacidad en un área no significa necesariamente debilitamiento en todas las áreas. Suponiendo que, entonces, los partidos políticos perdieran algunas de sus capacidades, no se puede inferir que ellos se han debilitado en forma generalizada.

Debo agregar que mi explicación anterior de la democracia de lo público y del contraste con la democracia de partidos, podía crear la impresión de que los partidos se volvieron -de manera general-

1. Publicado originalmente como epílogo a Manin, Bernard. *Principes du gouvernement représentatif*. 2. ed. Paris: Flammarion, pp. 309-335. Año 2012. Segunda versión en portugués: *A Democracia do público reconsiderada*. Revista Novos Estudos Nro. 97. Pp. 115 a 127. Año 2013.

2. Dra. en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario. Docente Teoría Política II, Facultad de Ciencia Política UNR. Becaria posdoctoral CONICET. E-mail: giselav_signorelli@yahoo.com.ar

3. Ver, en particular, para mencionar algunos de los más importantes de esos estudios: Klingeman, Hans-Dietere Fuchs, Dieter (orgs.). *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press, 1995; Norris, Pippa (org.). *Critical citizens: global support for democratic governance*. Oxford: Oxford University Press, 1999; Pharr, Susan e Putnam, Robert (orgs.). *Disaffected democracies: what is troubling the trilateral countries*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2000; Norris, Pippa. *Democratic phoenix: reinventing political activism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002; Cain, Bruce E., Dalton, Russell J. e Scarrow, Susan E. (orgs.). *Democracy transformed? Expanding political opportunities in advanced industrial democracies*. Oxford: Oxford University Press, 2003.

4. Esta lista de funciones de los partidos no pretende ser exhaustiva. Ni corresponde a un patrón de estructura tripartita (partidos en el electorado, partidos como organizaciones, partidos en el gobierno) encontrado en la literatura, ya que esa estructura no parece adecuada para captar las transformaciones por las cuales los partidos pasaron en las últimas décadas. Las funciones mencionadas aquí pretenden ser ilustrativas de la variedad de cosas que los partidos hacen, sugiriendo que algunas de sus actividades no evolucionan de la misma manera que otras.



obsoletos. No era mi intención. En todo caso, si las formulaciones anteriores eran ambiguas, éste es el lugar para hacerlas más precisas.

Hay un área en que los partidos sin dudas perdieron terreno: ellos ya no atraen la fidelidad duradera de los electores. Más precisamente no tienen esa fidelidad en el mismo grado que antes. Las evidencias de la erosión de las fidelidades partidarias fueron creciendo desde que escribí mi explicación original de la democracia de lo público. La tendencia ahora fue documentada en todas las democracias establecidas⁵. Eso sugiere que estamos viendo aquí no sólo las fortunas fluctuantes de partidos particulares ni los efectos de sistemas de partidos específicos, sino una transformación fundamental impulsada por desarrollos generales, como el pasaje de economías industriales para economías de servicios y la consecuente erosión de los medios sociales tradicionales, los crecientes niveles educativos y el refuerzo del papel de los medios de comunicación de masa.

Consideremos algunos de los principales indicadores que señalan la existencia de dicha tendencia. En las investigaciones, el porcentaje de personas que se identifican con un partido decreció constantemente a lo largo de los últimos cuarenta años en la mayoría de las sociedades industriales avanzadas. El debilitamiento del vínculo partidario declarado es particularmente pronunciado entre los más jóvenes⁶. Con relación al comportamiento real, la volatilidad electoral ha crecido en el nivel agregado: los resultados electorales de los partidos (su porción de la votación) varían más de una elección a la siguiente de lo que ocurría a mediados de siglo⁷. Otro indicador puede ser encontrado en el número creciente de electores que declaran haber cambiado el voto entre elecciones sucesivas⁸. Aunque estudios de países individuales sugieren que muchos, sino la mayoría, de esos “electores fluctuantes” se alternan entre votar y no votar o entre socios de una misma coalición⁹. En relación a eso también

5. Ver en particular: Dalton, Russell J. e Wattenberg, Martin P. (orgs.). *Parties without partisans: political change in advanced industrial democracies*. Oxford: Oxford University Press, 2000.

6. Dalton, R. J. “The decline of party identifications”. En: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp. 19-36. El concepto de identificación partidaria fue un tema de mucho debate académico. Es suficiente observar aquí que, aunque la aplicabilidad de la noción más allá de los EE.UU. (donde ella tuvo origen) fuera cuestionada, investigadores que hicieran estudios en otros países adoptaron variantes de ella. El concepto y sus variantes tienen en común un significado central que envuelve dos componentes. Ellos designan una orientación psicológica para determinado partido que es tanto duradera (de algún modo ligada al sentido de identidad propia de la persona captado por preguntas como “¿Usted se considera próximo del partido X, Y, Z...?”) como afectiva (que consiste en sentimientos positivos en relación al partido preferido, y no en conocimiento o evaluación fundamentada de él). Esos dos componentes son bien captados por la expresión “vínculo partidario”, comúnmente usada en estudios europeos occidentales. Para una breve reseña de los debates sobre la noción de identificación partidaria, ver Schmitt, Hermann e Holmberg, Soren. “Political parties in decline?”. En: Klingeman e Fuchs, op. cit., pp. 94-99

7. Ver Dalton, Russell J., McAllister, Ian e Wattenberg, Martin P. “The consequences of partisan dealignment”. En: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp. 38-42.

8. Ibidem, pp. 44-45.

9. Sobre Alemania, ver Scarrow, Susan E. “Embracing dealignment, combating realignment: German parties respond”. En: Mair, Peter, Muller, Wolfgang C. e Plasser, Fritz (orgs.). *Political parties and electoral change: party responses to electoral markets*. Sage, 2004, p. 91. En Francia, varios estudios documentaron la importancia creciente de la “votación intermitente”, particularmente entre los jóvenes. Ver Heran, Francois. “Voter toujours, parfois... ou jamais. In: Cautres, Bruno e Mayer, Nonna (orgs.). *Le nouveau désordre électoral*. Paris: Presses de Sciences-Po, 2004, pp. 351-366.

vale la pena resaltar que el número de partidos que efectivamente compite por los votos en general decreció en las democracias industriales avanzadas. Eso hace más plausible la hipótesis de que gran parte de la alternancia del voto ocurre entre partidos que no se distancian mucho en sus posiciones. Otra señal de debilitamiento de los vínculos partidarios puede ser encontrada en la reciente práctica de fragmentación del voto en países donde los electores pueden dividir sus votos entre partidos en una misma elección¹⁰. Finalmente, número creciente de electores señalan que decidieron cómo votar durante la campaña o inclusive en el día mismo de la elección¹¹. Los que deciden tardíamente deben ser electores que no sienten una vinculación fuerte con el partido al cual acaban votando.

Reseñando resultados de investigaciones recientes, un académico escribe: "en todas las democracias establecidas, hay ahora evidencias contundentes de la fragmentación de la identificación partidaria en el electorado [...] que redujo la proporción de fieles habituales en el electorado que apoyaba a su partido llueva o haya sol"¹². Usando una palabra alemana conocida, podríamos decir que el debilitamiento de los vínculos partidarios redujo la proporción de votantes habituales en el partido.

Pero la erosión de las fidelidades partidarias duraderas no implica la obsolescencia de los partidos políticos. Como observación preliminar, debemos notar un hecho bastante obvio pero importante. Los fieles a un partido no están al borde la extinción. Ellos pueden ser menores en número de lo que eran en el pasado, pero todavía forman una masa significativa que debe ser tenida en consideración. Además, un examen más detenido revela dos áreas en las cuales los partidos no perdieron fuerza y continúan siendo actores centrales: política parlamentaria y campañas electorales.

Primero, los partidos políticos aun dominan la arena parlamentaria. En la mayoría de las sociedades industriales avanzadas, alineamientos partidarios estables (y no coaliciones inestables de diputados individuales), controlan el funcionamiento de la legislatura. Para comenzar parece que solamente un número minúsculo de políticos es capaz de conquistar un cargo legislativo sin filiación partidaria o sin ser parte de la lista de candidatos de un partido nacional importante¹³. Por cierto, los partidos ahora hacen campañas "centradas en los candidatos", la personalidad de los candidatos y la personalidad del líder del partido en particular, ocupan el lugar principal¹⁴. Por tanto, la personalización de las elecciones mencionada en mi explicación original, permanece. Pero los partidos se adaptaron a esa tendencia y a la mayor importancia de los medios de comunicación que la acrecienta. En consecuencia, las elecciones parlamentarias se volvieron personalizadas pero siguen siendo partidarias. Otro desarrollo era concebible. Las elecciones se podrían haber transformado en disputas principalmente entre figuras públicas o celebridades compitiendo por los cargos de manera independiente. Eso no ocurrió.

10. Eso es posible en grados variados en Alemania, Australia, EE.UU. y Suecia. En todos estos países la fragmentación del voto creció en las últimas décadas. Ver Dalton, McAllister e Wattenberg, op. cit., pp. 46-7.

11. Ibidem, pp. 48-9.

12. Norris, *Democratic phoenix*, op. cit., pp. 103-4.

13. Strom, Kaare. "Parties at the core of government". In: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp. 190, 204. El autor nota, sin embargo, un leve crecimiento en el número de los independientes.

14. Ver Mair, Muller e Plasser (orgs.), op. cit., pp. 11, 265-6; Farrell, David M. e Webb, Paul. "Political parties as campaign organizations. In: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp. 102-128.



Se puede argumentar también, que en varios países donde las campañas electorales son sujetas a una regulación pública rigurosa, el hecho de que los partidos elijan sus candidatos probablemente se debe a las leyes electorales y a varias regulaciones que dan ventajas de campaña -en particular en financiamiento y acceso a medios de comunicación públicos- a partidos establecidos¹⁵.

Sea como fuera, el hecho notable es que los partidos políticos son las principales fuerzas que moldean las alternativas ofrecidas a los electores en elecciones parlamentarias. Aunque los candidatos de partidos no venzan en todos los casos, el hecho de que los partidos están por lo menos presentes en la mayoría de las disputas (ya que ganan la mayoría) obliga a los independientes a posicionarse en relación a ellos. Consecuentemente, cuando eligen representantes, los electores se enfrentan con un mapa cognitivo que es diseñado esencialmente por los partidos políticos.

Por otra parte, el funcionamiento interno de los parlamentos muestra pocas señales de reducción de la disciplina de votación partidaria. Grupos parlamentarios partidarios se muestran como unidades cohesionadas¹⁶. Eso tal vez se deba en parte al hecho de que la mayoría de los diputados fueron electos en virtud de sus emblemas partidarios. Una explicación más probable está en las regulaciones parlamentarias formales que dan importantes ventajas procedimentales (en indicaciones para comisiones, capacidad de establecimiento de agenda y otros recursos) a grupos de diputados que tienen la condición de "facción"¹⁷. Se puede argumentar también que el grado de cohesión de la facción reduce los costos de transacción entre los diputados (un diputado que quisiese aprobar una ley por cuenta propia tendría que gastar mucha energía construyendo una coalición), y que ella también resuelve problemas de acción colectiva (diputados que comparten un objetivo cuya realización requiere de la contribución serían tentados a sumarse a los esfuerzos de otros, o desistir ante la incerteza de que otros cooperen)¹⁸. Aunque haya un debate continuo entre los investigadores sobre lo que implica la cohesión partidaria en los parlamentos, hay poca duda de que la votación en las legislaturas todavía es ampliamente gobernada por los alineamientos partidarios. Pero hay más. No solo los grupos partidarios en el parlamento mantienen la disciplina de votación en todas las cuestiones, sino que también sus miembros son estables a lo largo del tiempo. Se podría imaginar diputados independientes alternándose con mayor o menor frecuencia entre bloques de votación, con miembros de cada blo-

15. Las ventajas en la competencia electoral disfrutadas por los partidos bien establecidos fueron destacadas en Katz, Richard S., Mair, Peter. "Changing models of party organization and party democracy: the emergence of the cartel party". *Party Politics*, vol. 1, no 1, 1995, pp. 5-28.

16. Ver Bowler, Shawn. "Parties in legislatures: two competing explanations". In: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp. 157-179.

17. Esa explicación es la preferida por Shawn Bowler (ver arriba) con base en extensa documentación.

18. Esa línea de razonamiento sobre las causas de la disciplina partidaria en los parlamentos fue iniciada por la obra de Gary Cox. Ver, en particular, Cox, Gary, McCubbins, Matthew. *Legislative Leviathan: Party Government in the House*. Berkeley: University of California Press, 1993. Cox y McCubbins enfatizaron la reputación electoral del partido como el bien colectivo que beneficiaría a todos si ellos pudieran resolver los dilemas de la acción colectiva. Por eso es que contratan un Leviatán para controlarlos. En una obra más reciente Michael Thies propone extender esa lógica a situaciones en que el bien colectivo es buscado por los diputados de una determinada fracción y la promoción de alguna posición política común en un conjunto de cuestiones centrales. Ver Thies, Michael. "On the primacy of party in government: why legislative parties can survive party decline in the electorate". In: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp. 238-257.

que votando de manera indisciplinada en una gama de asuntos. Pero de hecho, estudios empíricos demuestran que la alternancia entre un bloque y otro raramente sucede, ya sea en un período determinado, sea en períodos consecutivos. La mayoría de los diputados permanece como miembro de la misma facción mientras ocupan una butaca en el parlamento¹⁹. La principal razón para eso parece ser que permanecer como miembro de un mismo grupo parlamentario es un modo más seguro de ser nuevamente escogido como candidato, inclusive en algunos países cambiar de facción durante un determinado periodo está prohibido por ley. Finalmente, en sistemas parlamentarios, la formación y disposición de gabinetes todavía son determinadas por los partidos, y no por coaliciones variables de diputados independientes. En esos sistemas, el “núcleo del ejecutivo” todavía está en las manos de los partidos políticos²⁰. Eso también resulta de las regulaciones legales, a veces de prescripciones constitucionales. Tales regulaciones están en vigencia en la mayoría de los sistemas parlamentarios y no muestran ninguna señal de estar siendo relajadas.

La consecuencia de la cohesión en el parlamento y en gobierno es que las decisiones políticas permanecen en manos de los partidos políticos, por lo menos en aquellas áreas de políticas que son organizadas según principios representativos²¹.

Eso, nuevamente, tiene una consecuencia importante. Los electores pueden imputar con mucha facilidad la responsabilidad por una política. Evidentemente, la claridad de la responsabilidad disminuye en casos de coaliciones gubernamentales (sin hablar en gobiernos divididos en sistemas presidenciales o semi presidenciales). Con todo, la responsabilidad de imputación es mucho más fácil si los partidos se comportan de manera cohesionada en los parlamentos que si las políticas fueran determinadas por coaliciones siempre cambiantes de diputados individuales. El hecho de que los partidos son cada vez más identificados con sus líderes hasta refuerza la claridad de la responsabilidad. Es más fácil percibir un determinado partido como un órgano colectivo unificado si él es identificado con su líder.

Hay una segunda área en que los partidos no perdieron fuerza: la de las campañas electorales. En este campo, sí hubo algún cambio, los partidos se volvieron más dinámicos de lo que eran antes. La señal más visible, y mejor documentada, de esa vitalidad es la cantidad de recursos que los partidos dedican a las campañas electorales. Varios estudios muestran que los gastos de campaña han aumentado. Las campañas electorales también fueron profesionalizadas, empleando cada vez más especialistas pagos tanto en propaganda en los medios de comunicación como en estudios de mercado²². Esos

19. Ver Bowler, op. cit., pp. 175-9. “Con todo, los partidos legislativos parecen notablemente estables”, escribe el autor (p.177).

20. Ver Strom, op. cit., pp. 180-207, especialmente pp. 197-201. Ver también Bowler, op. cit., pp. 167-8.

21. Es claro que se puede argumentar que los partidos ya no controlan varias áreas de políticas como las políticas de regulación monetaria. Pero esos dominios de políticas fueron enteramente (y deliberadamente) eliminados de la esfera representativa. Agencias reguladoras independientes y los bancos centrales independientes no fueron creados como representativos.

22. Ver Farrell, David M., Webb, Paul. “Parties as campaign organizations”. In: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp. 102-28.



desarrollos, sin embargo, no son normalmente vistos como marcas de vitalidad continua. Son, inclusive, tomados como señales de debilitamiento con la justificación de que ellos se apartan del modelo de partido de masas, tal como fuera descrito por Duverger en la década de 1950. En el modelo de afiliación masiva, miembros y activistas de base del partido, y no líderes partidarios auxiliados por profesionales, debían ser las fuerzas decisivas. Es verdad que en la mayoría de las sociedades industriales avanzadas las filiaciones partidarias se redujeron, a veces en un porcentaje muy elevado, en las últimas décadas²³. Sin embargo, estudios que abarcan una serie más amplia de países muestran diferencias significativas entre los mismos, con el número de miembros del partido incluso aumentando en democracias más nuevas (como España, Portugal y Grecia) y en algunos países post-comunistas (como Eslovaquia y Hungría)²⁴. En términos aún más amplios, considerando las democracias alrededor del mundo, los padrones de afiliación a los partidos parecen estar correlacionados a los padrones de desarrollo socioeconómico, con las democracias más afluentes teniendo los niveles más bajos de filiación partidaria. Más específicamente, la correlación parece ser impulsada por la penetración de la televisión. La filiación a los partidos es normalmente más elevada donde el acceso a la televisión es menor²⁵. Eso sugiere que los partidos afilian grande número de miembros cuando precisan de ellos para propósitos de campaña “cara a cara”. Desde esa óptica, menos filiaciones partidarias no reflejan necesariamente decadencia. Adaptándose a los cambios tecnológicos, los partidos transformaron sus modos de atraer electores²⁶.

La erosión de las fidelidades partidarias sólo reforzó la necesidad de dinamismo en la movilización de electores. Por cierto, cada partido retiene una base de electores fieles. Pero en la medida que ese número se encoge los partidos deben buscar apoyo en otro lugar. Los partidos no necesariamente tienen por objeto maximizar el apoyo electoral. Ellos pueden valorizar más otros objetivos (como pureza ideológica, por ejemplo). Pero un partido que no buscarse contraponerse a la pérdida del apoyo

Varios estudios documentaron que los partidos se concentran cada vez más en campañas electorales y emplean más expertise profesional. Ver, por ejemplo, Panebianco, Angelo. *Political parties: organization and power*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988. En su libro Panebianco argumenta que los partidos se volvieron “partidos electorales profesionales” (ver en particular el capítulo 14).

23. Ver Scarrow, Susan E. “Parties without members?” In: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp.79-101. La autora destaca, sin embargo, que el debilitamiento de la filiación partidaria debe ser interpretado con cautela. Ello puede haber ocurrido primariamente entre los miembros más periféricos que nunca estuvieron profundamente vinculados en las actividades regulares de los partidos. Con base en varios estudios por país, parece que solo del 10% al 45% de los miembros participan regularmente de las actividades de sus partidos (p. 95).

24. Ver Mair, Peter, Biezen, Ingrid Ivan. “Party membership in twenty European democracies, 1980-2000”. *Party Politics*, vol. 7, no 1, pp. 5-21.

25. Ver Norris, *Democratic phoenix*, op. cit., pp. 119-134.

26. Si ese cambio fue acompañado por un debilitamiento de la democracia intra-partidaria es tema de mucho debate académico. Ella es también difícil de evaluar ya que los partidos modernos siempre combinaron participación de los miembros y control por el liderazgo partidario. Así como en el propio gobierno representativo, ellos siempre fueron instituciones “mixtas”. Los partidos de campaña de hoy parecen ser más centralizados que sus homólogos anteriores en lo que respecta a estrategia partidaria. Al mismo tiempo ellos abrieron los procesos de elección de líderes y de candidatos a los afiliados en general, o inclusive a simpatizantes externos de la organización partidaria. Sobre eso ver Scarrow, Susan E., Webb, Paul e Farrell, David M. “From social integration to electoral contestation. The changing distribution of power within political parties”. En: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp. 129-153.

electoral estaría condenado al camino del olvido. La mera supervivencia exige, por tanto, una actitud proactiva.

Al mismo tiempo, dado que la base central de apoyo se está reduciendo para todos los partidos, cada una de ellas enfrenta un electorado “disponible” en expansión. La cuestión es a cuáles de esos segmentos de gran electorado disponible, determinado partido debe esforzarse por conseguir su apoyo. En un ambiente tan incierto e imprevisible, la respuesta a esa cuestión no es para nada evidente. Es por eso que los partidos acuden a instrumentos de precisión, como encuesta de opinión, análisis de datos y grupos focales, para poder discernir los intereses de varios segmentos disponibles del electorado. En última instancia, los líderes de cada partido tienen que escoger cuál constelación de segmentos sería la más adecuada, dadas las restricciones del partido, su tradición, su reputación y su historia. Al hacer esa elección, cada partido construye su público objetivo. Vale la pena enfatizar que al hacer dicha elección los partidos segmentan en términos de grupos de electores (como jóvenes, madres que trabajan, etc.) y no en relación a los electores individuales²⁷. Se puede decir que cada uno de esos públicos no existía como una unidad antes de la decisión del partido. Al decidir la composición del público al cual se quieren dirigir, los partidos no son sólo activos sino creativos.

Aun así, suponiendo que el público elegido por el partido responda favorablemente en una elección, atendiendo al objetivo electoral del partido, el mismo no puede dar por cierto ese apoyo en una próxima elección. Electores sin vínculo no votan a determinado partido solamente porque lo hicieron así en la elección anterior. Por tanto rastrear los intereses de los electores a lo largo del tiempo es igualmente decisivo. Para asegurar su buena suerte electoral, cada partido debe posibilitar que la composición de su público objetivo cambie de una elección a la siguiente para adaptarse a los intereses de los electores. En términos generales, el partido tiene que movilizar ciudadanos en cada ocasión de voto, tanto llevándolos – a veces literalmente – a los locales de votación, como atrayendo la atención y el interés de ellos cada vez. Mientras los fieles tradicionales a los partidos votarían al “suyo” (a menos que tuvieran un motivo para no hacerlo), el esfuerzo de motivación se realiza para los electores desvinculados: ellos no votarían el mismo partido en elecciones sucesivas, o se abstendrían, a menos que fueran motivados a actuar de otra forma.

De hecho, varios estudios muestran que, lejos de decaer, los partidos reaccionan a este ambiente volátil generado por la erosión de las fidelidades partidarias, volviéndose más proactivos, ágiles y rápidos de lo que eran antes²⁸. Hay también evidencias de que esa transformación, los volvió “más conscientes de la opinión y las demandas de los ciudadanos”²⁹. En Europa oriental se constató que las posiciones políticas de los partidos, tal como la expresan en sus plataformas electorales, se corresponden muy bien con las posiciones de sus seguidores durante las décadas de 1970 y 1980. La

27. Ver Mair, Muller e Plasser (orgs.), op. cit., p. 12.

28. Ver, en particular, Mair, Muller e Plasser (orgs.), op. cit., especialmente pp. 1-19, 265-268. Los autores escriben, por ejemplo: “Los partidos, o por lo menos sus líderes, tuvieron que aprender a ser más flexibles y sensibles” (p.266)

29 Ver Farrell, David M., Webb, Paul. *Parties as campaign organizations*. In: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., p. 123.



transformación de los partidos en organizaciones para hacer campañas no parece haber disminuido su capacidad de reflejar deseos populares y de ligarlos a la formulación de políticas³⁰.

La discusión anterior muestra que los partidos en general no han decaído. Ellos permanecen fuertes como organizaciones parlamentarias y para hacer campañas. Lo que cambió fue la relación de un número creciente de electores con los partidos: hay menos fieles que en el pasado. Pero la fidelidad es sólo un tipo de relación con los partidos. Su característica distintiva es que ella motiva acciones independientes del contexto en que esas acciones ocurren. En determinada elección el fiel al partido vota a "su" partido por vínculo afectivo o como un modo de expresar su identidad social y cultural, o bien por hábito. Pero sea cual sea la motivación entre esas que estuviera operando, el voto de él no depende del contexto electoral particular en el que está actuando. Verdaderamente, estas fidelidades duraderas a los partidos solían ser dominantes entre los electores cuando los partidos funcionaban como organizaciones de integración de masas, fortaleciendo redes sociales extensas para grupos sociales bien definidos ya sea por la ocupación (como trabajadores de fábrica o agricultores) o por cultura (como el cristianismo). Esa era la época que llamo "democracia de partidos". Sin embargo, vinculaciones duraderas basadas en identidad y afectos son solamente formas contingentes de relacionamiento con los partidos. Ellas se propagaron de forma generalizada en un estadio particular del desarrollo socio-económico y sobre subculturas particulares. Muchos de los electores de hoy pueden ser desvinculados de partidos y sin embargo, ellos los usan en algunas circunstancias.

Hay buenas razones para pensar que electores desvinculados se comportan de esa manera. Primero, en las sociedades industriales avanzadas el debilitamiento de las fidelidades partidarias fue particularmente pronunciado entre los segmentos envueltos políticamente y más cultos de la población³¹. Aunque desvinculados de los partidos esos ciudadanos tienen interés en la política y los resultados electorales. Segundo, personas no vinculadas a los partidos o que tienen vínculos débiles, parecen ser especialmente sensibles al carácter particular de la elección que enfrentan. Ellos votan cuando lo que está en juego en determinada elección es percibido como muy importante (como cuando hay perspectiva de que haya un cambio político) y cuando los electores prevén que la disputa será feroz. Pero ellos se abstienen si alguna de esas condiciones no sucede³². En contraste, los electores parti-

30. Ver Klingeman, Hans-Dieter. "Party positions and voter orientations". In: Klingeman e Fuchs (orgs.), op. cit., pp. 182-205. Un estudio anterior estableció que las plataformas electorales de los partidos son buenos predictores de sus prioridades legislativas y también de gobierno. Ver Klingeman, Hans-Dieter, Hofferbert, Richard, Budge, Ian. *Parties, policies and democracy*. Boulder: West view Press, 1994.

31. Dalton, R. J. "The decline of party identifications". In: Dalton e Wattenberg (orgs.), op. cit., pp. 32-3. Dos otros puntos son dignos de resaltar. Primero, la erosión de los vínculos partidarios no fue acompañada de apatía o desinterés político crecientes. Bien por el contrario, hay evidencias de niveles crecientes de interés político e interés en el resultado de las elecciones (ibídem, pp.56-7). Segundo, en un estudio anterior de países europeos occidentales, los autores concluían que el debilitamiento de los lazos partidarios no disminuía el apoyo a la democracia. Ver Klingeman, H. D., Fuchs, D. "Citizens and the State: a relationship transformed". En: Klingeman e Fuchs (orgs.), op. cit., pp. 428-435.

32. Ver Franklin, Mark N. *Voter turnout and the dynamics of electoral competition in established democracies since 1945*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004 (ver en particular pp.163-4). Una de las afirmaciones centrales del libro de Franklin es que el "carácter particular" de cada elección genera variaciones en la asistencia de los electores a votar. Ese carácter particular es definido por los dos criterios mencionados aquí. La teoría de la asistencia de Franklin incluye otras afirmaciones. Note que en sus estudios de las democracias del mundo, Pipa Norris llega a una conclusión semejante. Ver

darios participan en todas las elecciones independientemente de sus consecuencias previstas y de si esperan que los resultados sean ajustados³³. Por tanto, en elecciones parlamentarias (ya que esas son dominadas por los partidos), electores desvinculados votan a candidatos de partido pero sólo cuando el contexto les da razones para hacerlo. La cuestión clave aquí, sin embargo, es que la decisión de ellos de votar a algunos de los partidos es orientada por factores contextuales. Parece, entonces, que en algunas ocasiones los electores desvinculados consideran los partidos útiles. En otras palabras, para esos electores los partidos son instrumentos que pueden o no ser utilizados.

La noción de votación instrumental sugerida aquí, sin embargo, debe ser entendida en términos amplios. Personas que votan partidos en elecciones feroces y que envuelven cuestiones importantes pero que en otras, deben ser motivados por consideraciones instrumentales. El voto de ellos debe ser motivado por el deseo de producir algún efecto y de ejercer algún tipo de influencia. Sino no se explicaría por qué ellos votan sólo en tales circunstancias. Pero eso no explica que ellos tengan una idea clara y precisa del resultado que desean alcanzar. Ni implica que ellos voten con un cálculo individualista de acuerdo a como es propuesto por las teorías de la elección racional del voto³⁴. Ellos actúan instrumentalmente en el sentido de que su voto es generalmente orientado en el sentido de efectos y consecuencias. Esa acción instrumental puede ser ilustrada por la frase: "votar para enviar un mensaje". Ciudadanos que votan para enviar un mensaje están sin duda votando de un modo instrumental. Su voto quiere probar un efecto. No es una acción expresiva. La motivación viene del efecto previsto por el voto, no de la realización del acto de votar. Aun así, ese efecto no es un resultado plenamente planificado³⁵.

Los partidos políticos modernos siempre funcionaron como canales portadores de los anhelos del electorado³⁶. Ellos siempre fueron, en realidad, mediadores entre la población y los ocupantes de cargos públicos. Pero los partidos de integración de masas también desempeñaban muchas otras funciones. Enviar mensajes a las autoridades públicas no era el único objetivo, ni siquiera el objetivo

Norris, *Democratic phoenix*, op. cit., pp. 69-72.

33. Aunque aparentemente intuitiva, esa conclusión es importante. Algunos estudios sugieren que la erosión de las fidelidades partidarias causa menor asistencia de los electores a votar porque el vínculo partidario (o la identificación partidaria) tiene una correlación directa con la participación electoral en el nivel individual. Esa visión puede ser encontrada por ejemplo en Wattenberg, Martin P. "The decline of party mobilization". In: Dalton e Wattenberg, op. cit., pp. 64-76. Franklin afirma, en contraste, que: "Por tanto, en estudios individuales que no tienen en cuenta el carácter de las elecciones, la función de la identidad partidaria es mal entendida. Generalmente, ella es vista como uno de los factores que generan asistencia elevada pero no es eso lo que sucede. En elecciones con baja asistencia, la identificación partidaria es un factor que evita que la asistencia caiga aún más, pero con toda certeza no ayuda a elevar el número de votantes en una elección donde la asistencia es alta" (Franklin, op. cit., p. 164). En otras palabras, la identificación partidaria afecta la asistencia en elecciones donde hay poco en juego y/o en las que la disputa no es muy apretada.

34. Esas teorías, como se sabe, fallan en explicar por qué las personas votan.

35. En su teoría de la asistencia de los electores, Mark Franklin destaca la importancia de las motivaciones como "enviar un mensaje". Sin embargo, su perspectiva es un poco diferente de los que estoy sugiriendo aquí. Ver Franklin, op. cit., pp. 40-2.

36. Ver, por ejemplo, Kircheimer, Otto. "The transformation of European party systems". En: La palombara, Joseph, Weiner, Myron. *Political parties and political development*. Princeton: Princeton University Press, 1966, pp. 177-200. Kircheimer argumenta que, entre otras funciones, el partido opera como un "portador de mensajes" (p. 190).



primario, de sus electores. Por el contrario, los electores desvinculados usan a los partidos sólo como portadores de mensajes. Como los partidos aún son fuertes en la arena parlamentaria y electoral, ellos ofrecen a los electores desafiados una serie de canales disponibles a ser usados de acuerdo a las circunstancias.

Por lo tanto, la diferencia entre la democracia de partido y la democracia de lo público no es que en esta última los partidos sean obsoletos. La democracia de partido es una forma de gobierno representativa en que los partidos políticos son las unidades fundamentales de la vida política. De esa forma los partidos reflejan los clivajes socio-económicos y culturales duraderos en la sociedad. Los grupos sociales generados por tales clivajes son unidos por la fidelidad duradera de sus miembros. Cada partido puede contar con la fidelidad política de esos miembros. Así cada uno constituye una especie de agencia colectiva unificada y portadora de una identidad duradera. En esas condiciones, los partidos pueden ser vistos como los sujetos políticos fundamentales en el funcionamiento de la democracia representativa. Ellos se alteran en el gobierno o comparten el poder (dependiendo de la naturaleza del sistema político) según los resultados de las elecciones.

En la democracia de lo público, en cambio, si bien los partidos aún son decisivos ya no son unidades bien definidas dotadas de identidad duradera. Ellos tienen que buscar activamente el apoyo de los electores en cada votación, ajustando sus temas de campaña a los intereses variables de los electores y reconfigurando, consecuentemente, la composición de su público objetivo. Aunque un determinado partido continúe con el mismo público objetivo durante varias elecciones, la composición de su apoyo electoral real está predestinada a cambiar ya que es improbable que las reacciones de los diversos segmentos que forman ese público varíen exactamente de la misma manera de una elección a otra. Por tanto, los partidos ya no pueden ser vistos como sujetos políticos en el sentido de que no tienen identidades bien definidas ni duraderas. Elecciones sucesivas siempre alteran la composición de su apoyo. Los partidos dejaron de ser sujetos políticos, también, en otro sentido: para un número creciente de electores desvinculados, ellos se volvieron solamente instrumentos a ser usados dependiendo las circunstancias.

Así en la democracia de lo público los ciudadanos participan de las elecciones dependiendo del contexto. Y la composición del apoyo a cada partido también varía de acuerdo a las circunstancias. Ese patrón de desarrollo de los ciudadanos específico del contexto se extiende más allá del voto y también caracteriza la participación no electoral.

El aumento de la participación política no institucionalizada

A la par de la erosión de las fidelidades partidarias hay otro cambio notable que ocurrió durante las últimas décadas: el aumento de la participación ciudadana no institucionalizada. Un número creciente de ciudadanos al parecer participa de manifestaciones, firma peticiones y presiona por sus reivindicaciones directamente a los tomadores de decisiones. Esas acciones son más difíciles de medir que las votaciones. Además no hay acuerdo entre los investigadores en cómo conceptualizarlas. Algunos se refieren a ellas como “participación no electoral”; otros como “participación no institucionalizada”

o de “participación no convencional”. Y otros prefieren la expresión “política de protesta”³⁷. A pesar de esas incertezas conceptuales, hay pocas dudas de que los modos de compromiso cívico evolucionaron de manera significativa en las últimas décadas. Tanto relevamientos regionales (como Euro-Barómetro) como relevamientos mundiales (como las tres oleadas de World Values Survey) muestran que un número creciente de ciudadanos declaran tener de hecho compromiso en una o más de las siguientes actividades: firmar peticiones, participar de manifestaciones, adherir al boicot de consumidores, adherir a huelgas no oficiales y ocupar predios o fábricas³⁸. Estos relevamientos sufren de algunas limitaciones. Sin embargo, la tendencia que exhiben es consistente a lo largo del tiempo y – más importante- exhiben consistencia entre diversos países para ser descartada. Es verdad también que las encuestas de estos relevamientos son mejores para captar actitudes y valores más que el comportamiento real³⁹. Generalmente estudios empíricos sobre democracia acuerdan que los repertorios de acción colectiva cambiaron en la dirección de esas formas de participación no institucionalizadas de participación política. Modos de acción y formas de organización que acostumbraban caracterizar movimientos sociales anti-sistema en la década de 1960 se normalizaron, volviéndose parte del funcionamiento común del sistema representativo⁴⁰.

Los casos de participación política no institucionalizada parecen tener tres características principales. Primero, ellos ocurren esporádicamente dependiendo de las oportunidades generadas por contextos particulares. Manifestaciones, ocupaciones y huelgas no oficiales son normalmente provocadas por acontecimientos o circunstancias específicas. Ciudadanos y activistas participan de esas acciones no por fidelidad ni por predisposición; si no porque primariamente una oportunidad de hacerlas se les presenta⁴¹. Segundo, esos episodios de acción colectiva se relacionan con cuestiones específicas. Los ciudadanos se movilizan entorno de una cuestión que es de su interés particular, no por una gama

37. Uno de los estudios más completos de esas acciones (en países europeos occidentales) es el producido por Richard Topf, y titulado “Beyond electoral participation” (En: Klingemane Fuchs, op. cit., pp. 51-95). Los organizadores de ese volumen usan la expresión “participación no institucionalizada” (ver Klingeman, H. D., Fuchs, D. “Citizen sand the State: a relation ship transformed”.In: *Citizens and the State*, op. cit., especialmente pp. 422-3, 428-432). “El aumento observado en la participación no institucionalizada en prácticamente todos los países”, escriben los autores, “es la conclusión más inequívoca de este volumen” (p. 431). En su estudio de las democracias alrededor del mundo, Pippa Norris usa la expresión “política de protesta” y al mismo tiempo cuestiona se ella es apropiada para hoy. Ver Norris, *Democratic phoenix*, op. cit., capítulo 10, pp.188-212 (ver en particular pp. 190-1).

38. Para países europeos occidentales, ver en particular Topf, R. “Beyond electoral participation”. En: Klingeman e Fuchs (orgs.), op. cit., pp. 51-95. Para democracias en el mundo entero ver Norris, *Democratic phoenix*, op. cit., pp. 194-202.

39. Mientras estudios anteriores se concentraban en el “potencial de la protesta” de los encuestados haciendo preguntas como: “¿Usted podría participar de manifestaciones?”, los nuevos análisis más recientes mencionados aquí se concentran en aquellos actos que los encuestados dicen que de hecho practicaron. Sobre eso ver Norris, *Democratic Phoenix*, op. cit., p. 194.

40. Ver Tarrow, Sydney. “Mad cows and social activists: contentious politics in the Trilateral countries”. In: Pharr, Susan, Putnam, Robert (orgs.). *Disaffected democracies: what's troubling the Trilateral Countries*. Princeton: Princeton University Press, 2000, pp. 270-90. Sobre el surgimiento de nuevas formas de participación política, ver también Dalton, R. J., Scarrow, S. E., Cain, B. “New forms of democracy? Reform and transformation of democratic institutions”. En: Cain, Dalton, Scarrow (orgs.), op. cit., pp. 1-20.

41. Ver Norris, *Democratic Phoenix*, op. cit., p. 194. La importancia de la estructura de oportunidades figura como destacada en los análisis de movimientos sociales.



de cuestiones y decisiones públicas. Además las coaliciones que se envuelven varían dependiendo de la cuestión en juego. Cada cuestión involucra a diferentes públicos y diferentes activistas⁴². En ese aspecto, los patrones de participación no institucionalizada corresponden en cierto modo a los patrones de participación electoral analizados antes: finalmente al participar de esas acciones colectivas los ciudadanos presionan por sus reivindicaciones directamente a los tomadores de decisiones. En eso la participación política no institucionalizada parece desviarse de los principios de la democracia representativa y, tal vez, ponerlos en riesgo. En verdad, algunos analistas interpretan el aumento de ese tipo de participación como una señal de crisis en la representación política.

Pero no es ese el diagnóstico formulado en varios estudios comparados publicados en la última década. Es sorprendente notar que desde varios ángulos todos esos estudios enfatizan en que la democracia representativa fue transformada pero no minada por la creciente importancia de la participación no electoral. En su análisis de países europeos occidentales Hans-Dieter Klingeman e Dieter Fuchs muestran que el aumento de la participación no institucionalizada no es una señal de insatisfacción con la democracia representativa. Aunque la relación entre los ciudadanos y el Estado ha sido modificada, ellos argumentan, el apoyo de los ciudadanos a los elementos estructurales centrales de la democracia representativa no fue erosionado. Además de eso, los autores subrayan que esa transformación en el vínculo entre los ciudadanos y el gobierno ocurrió “dentro de la estructura institucional de las democracias representativas”. Los temores de crisis, ellos resaltan, derivaban de la subestimación de la capacidad de adaptación de las instituciones representativas⁴³. En un análisis más reciente que examina las maneras como las democracias se están transformando por medio de la expansión del acceso a la toma de decisiones públicas los autores observan de forma incisiva que eso es hecho “de una manera que se basa en las instituciones representativas, y no las substituye”⁴⁴.

Finalmente en su estudio de las democracias en el mundo Pippa Norris se concentra en otro aspecto. Él destaca que los ciudadanos de hoy no se apartaron de la vida pública. El activismo político no murió: los ciudadanos no están solamente concentrados en sus asuntos privados. Desde esa perspectiva, el aumento de las formas alternativas de activismo parece hasta rejuvenecer a la democracia representativa. “En suma- escribe Norris- al contrario de suposiciones populares, los órganos tradicionales que ligan a los ciudadanos y al Estado están lejos de estar muertos. Es como el ave fénix: la reinención del activismo cívico permite que energías fluyan no sólo a través de los canales convencionales, sino también en diversas vías alternativas”⁴⁵. Las democracias representativas, de hecho, fueron capaces de acomodar el aumento de la participación política no institucionalizada.

Mi exposición anterior no mencionó ese fenómeno. Aunque notara que formas no electorales de expresión política no son más estructuradas de acuerdo a los clivajes político-partidarios (diferente de lo que sucede en la democracia de partido), erróneamente me concentré en estudios de opinión

42. Ver, en particular, Tarrow, op. cit., p. 289.

43. Klingeman, Fuchs, “Citizens and the State...”. En: Klingeman e Fuchs (orgs.), op. cit., pp. 437 (subrayado original), 434.

44. Dalton, R. J., Cain, B. E., Scarrow, S. E. “Democratic publics and democratic institutions”. En: Cain, Dalton y Scarrow (orgs.), op. cit., p. 252.

45. Norris, *Democratic phoenix*, op. cit., pp. 222-3.

y no en manifestaciones o petitorios, como la forma dominante de participación no electoral en la democracia de lo público. Por tanto la discusión precedente debe ser leída como una corrección a mi análisis original. No obstante, la exposición general de los principios del gobierno representativo presentada en mi libro contribuye para explicar por qué la democracia representativa no es incoherente con algún grado de influencia directa de los ciudadanos en la toma de decisiones políticas. Mi libro también argumenta que las instituciones representativas tienen una capacidad de adaptación mayor de lo que generalmente se supone. Aquí vale la pena enfatizar dos puntos.

Primero, el gobierno representativo es un sistema complejo compuesto de varios elementos. Es importante tener en mente que aunque las elecciones recurrentes sean un mecanismo central del sistema, ellas no son el único componente. Entre otros elementos, se incluyen reservas para la discusión pública y, lo que es más relevante para el presente contexto, garantías de lo que llamo en ese libro “libertad de opinión pública”, que es la libertad de expresar públicamente opiniones y de llamar la atención de aquellos que gobiernan. Como demuestra la Primera Enmienda de la Constitución norteamericana, “el derecho de las personas a reunirse pacíficamente y peticionar al gobierno para la reparación de injusticias” ha sido parte del sistema representativo desde su nacimiento. Eso no quiere decir que lo que es considerado “una reunión pacífica” fue fijado y no cuestionado desde el inicio. Ni quiere decir que el derecho a manifestarse delante del Parlamento fue siempre inconstante en todos los sistemas representativos. Bien por el contrario, tanto el ejercicio real como el alcance de ese derecho fueron objeto de debates y luchas ardientes. Permanece, además, el hecho de que el gobierno representativo no fue inventado como un sistema en el que los representantes, una vez elegidos, substituyen enteramente a los representados hasta la elección siguiente. Los ciudadanos retienen el derecho de hacer oír sus voces o quejas en cualquier momento⁴⁶.

Además de la Primera Enmienda Norteamericana, los textos de dos figuras importantes confirman que desde su establecimiento el gobierno representativo fue entendido implicando una expresión no electoral de las personas. En su clásica exposición de las libertades modernas, Benjamin Constant caracterizó así a los derechos políticos de los ciudadanos en el gobierno representativo: “Finalmente el derecho de todos ejercer alguna influencia sobre la administración del gobierno, sea eligiendo todos los gobernantes o gobernantes específicos, sea por medio de *representaciones, petitorios, demandas a las cuales las autoridades están más o menos obligadas a dar atención*”⁴⁷. Por su parte, Edmund Burke, comprometido como era con la independencia de los diputados en relación a los deseos de sus electores, escribió en una de sus cartas: “las personas en general tienen sus instrumentos por medio de los cuales pueden interactuar con el Parlamento y la Corona con una petición respetuosa; aunque no con autoridad absoluta tienen peso, ellas pueden instruir a sus representantes”⁴⁸.

46. Ver capítulo V de *Principios del gobierno representativo*, “Libertad de opinión pública”.

47. Ver Constant, Benjamin. “The Liberty of the Ancients compared with that of the Moderns” [1819]. En: *Political writings*. Organizado por Biancamaria Fontana, Cambridge: Cambridge University Press, 1988, p.311. El subrayado es mío.

48. Burke, Edmund. “Third Letter on a Regicide Peace” [1797]. En: *Select works of Edmund Burke. A new imprint of the Payne Edition*. Prefacio y nota biográfica de Francis Canavan. Indianapolis: Liberty Fund, 1999, 4 vols., vol. 3, p. 238



En segundo lugar, el gobierno representativo es constitutivamente flexible. Reside ahí la fuente de su adaptabilidad y resiliencia. El sistema es flexible porque algunos de los principios que lo organizan no son totalmente especificados, particularmente en lo que respecta a la influencia de los ciudadanos sobre las políticas. Los principios del gobierno representativo implican que las preferencias de los ciudadanos deben tener alguna influencia sobre las políticas. Aunque esos principios no determinan exactamente cuánto peso deben tener los deseos de los ciudadanos. La representación implica que los gobiernos sean “responsivos” (sensibles) a los deseos de los representados. Pero esa sensibilidad admite grados, de diferente asentimiento, por ejemplo. Cuando los diputados son depuestos por el voto, ellos no deben ser “responsivos” al veredicto de los electores. Deben cumplirlo. El carácter relativamente inespecífico de la responsividad asume particular importancia con respecto a manifestaciones, peticiones u otras acciones no electorales. Los gobiernos tienen varios incentivos y oportunidades para poner en consideración. Pero cuánto peso ellos precisan conferir a esas acciones no está especificado. Por lo tanto, hay espacio para el ajuste y la flexibilidad.

Gran parte de la teorización que realizamos hoy sobre la democracia se basa en una distinción entre democracia shumpeteriana, en la cual los ciudadanos escogen regularmente entre elites, manteniéndose quietos en el medio tiempo-, y, democracia participativa, en la que los ciudadanos toman decisiones políticas en todo momento. Hacer la distinción entre estos dos tipos de democracia puede ser instructivo pero excluye a la democracia representativa, que no es ninguna de las anteriores.